

LA ALTERIDAD COMO EJE EXPLICATIVO DEL PROYECTO VIQUIANO

Ruy E. Sánchez Rodríguez



El autor afirma la posibilidad de endender la Historia como ámbito de la alteridad. Éste sería el núcleo fundamental de la filosofía viquiana y de su proyección hacia lo divino.

Palabras clave: Vico, alteridad, historia, divinidad, mundo, cristianismo.

The author supports the possibility of understanding History as a space of alterity. This would be the fundamental kernel of Vico's philosophy, and of his projection towards divinity.

Keywords: Vico, alterity, history, divinity, world, Christianity.

Desde el primer momento de su obra Vico habla del hombre en la historia, tal vez ése es uno de los aspectos más innovadores de los que él hace uso, pues hasta ese momento ninguna obra filosófica había pretendido desarrollarse y plantear sus tesis comenzando por hablar del hombre en la historia y desarrollando de esa manera todas sus tesis

El hecho de comenzar su obra de manera tan peculiar no es un mero azar. En efecto, en su obra entera se propone un nuevo mundo, una nueva filosofía, que renacerá volteando sobre sí mientras mira a la historia humana, pues de igual forma gira desde su propia humanidad.

Es esta nueva filosofía la que pretendo desentrañar, procurando encontrar la forma en que Vico con la historia y sólo desde la historia —que por necesidad tendrá que ser humana—, construye su propuesta filosófica. Para ello es importantísimo tomar en consideración el papel que en toda esta explicación tiene la alteridad¹, el mismo que, a mi ver, surge de manera clara no como una incomodidad que deba ser eliminada, sino como un aspecto fundamental con el que el hombre, en tanto ser histórico, inevitablemente se encuentra. Y es que, según puedo ver, Vico se propone plantear una filosofía que logra la consideración de lo humano siempre en relación con lo divino, donde sin embargo ya no se mantendrá la concepción de la escolástica respecto a la antropología humana y lo divino, ahora lo humano y lo divino se piensan como en un estar lo uno con lo otro, condición necesaria de la existencia.

“[...] fue universalmente dado por todo el género humano a la naturaleza de Dios el nombre de ‘divinidad’ con una misma idea, [...] con este lituo, se señala el principio de la historia universal gentil, que, con pruebas físicas y filológicas, se demuestra que tuvo su comienzo en el diluvio universal; [...] Y éstas son las cosas divinas entre los gentiles, de las que surgieron después todas las cosas humanas.”²

EL NACIMIENTO DE LA GENERACIÓN HUMANA

La llamada “generación humana” nace ocultándose de todo aquello que es enorme para el hombre en estado de animalidad, pues al haber perdido el hombre todo tipo de referencia queda en un estado animal donde, sin embargo, su humanidad es latente, pues el hombre de naturaleza tiene la posibilidad de cambiar o tener otro ser distinto del ya suyo. El proceso por el cual esto sucede será abordado más adelante.

“[...] finalmente algunos se detuvieron y se escondieron en ciertos lugares: allí, quietos con ciertas mujeres, por el temor de la cercana divinidad, al cubierto, mediante las uniones carnales religiosas y púdicas, celebraron los matrimonios e hicieron hijos y así fundaron las familias. Y, al estar durante mucho tiempo quietos y situar las sepulturas de sus antepasados en un lugar determinado, resultó que fueron fundados y divididos los primeros dominios de la tierra, [...] engendrados humanamente bajo el temor de la divinidad; por esa manera de generar humanamente y no de otro modo, como procedió, así fue llamada la ‘generación humana’.”³

El hombre, de naturaleza, sensibilidad y voluntad, lo primero que pudo hacer fue verse impresionado por aquello que escapaba a su comprensión. En un principio, todo prácticamente se le escapaba, pues no tenía a nadie más que a sí, y aquel que no tiene a nadie puede ser comparado con alguien que ha vivido toda su vida en un cuarto oscuro y que, al salir, no reconocerá absolutamente nada de lo que le haga frente; Pero, junto al cuarto oscuro existía algo más desafiante que cualquier otra cosa, eso era el cielo, siempre estaba ahí, adondequiera que el hombre fuera el cielo se encontraba sobre él. Así, el hombre, escondiéndose de aquello que escapaba a su comprensión y de lo cual no podía escapar, se reunió con los demás humanos en lugares comunes que pudo encontrar para refugiarse de aquello incomprendible que tenía presencia constante. El cielo, que así se convirtió en divinidad.

Ocultándose de la “cercana divinidad” fue como el hombre se aglutinó en los primeros grupos humanos, siendo sólo así posible el inicio de la “generación humana”; siendo así, el desarrollo del hombre puede ser entendido como heredero del hombre y de toda la tradición histórica que su ascendencia humana le hereda. Por tanto, la consideración primaria del hombre será la consideración por lo divino, pues lo inabarcable por el hombre no solo es motivo de miedo, sino que es también motivo de atención y, por lo tanto, de interés. Por esto, el hombre que antes no tenía parámetros para tomar en cuenta cosa alguna, ahora puede tomar en cuenta lo divino, que se presenta como aquello que traspasa por completo su comprensión y que, a la vez, no perece. ¿Qué puede llevar a buen término las cosas de los hombres? Según Vico, la sabiduría.

LA GENERACIÓN HUMANA Y LA SABIDURÍA POÉTICA

Vico sostiene que el hombre es intelecto y voluntad, así afirma:

“La sabiduría debe desarrollar en el hombre estas dos partes, y la segunda a continuación de la primera, de modo que a partir de la mente iluminada con el conocimiento de las cosas elevadas se induzca al ánimo a la elección de las cosas óptimas. Las cosas más elevadas en este universo son las que se entienden y se razonan de Dios: las cosas óptimas son las que consideran el bien de todo el género humano [...] la verdadera sabiduría debe enseñar el conocimiento de las cosas divinas para conducir las cosas humanas al sumo bien.”⁴

Atendiendo a lo anterior, la sabiduría es siempre un mirar hacia lo divino que permite posteriormente mirar hacia sí. Al funcionar de este modo la sabiduría permite inaugurar el conocimiento de las cosas humanas. Y no logra encontrar en ellas algo incomprensible sino, más bien, producir un despertar del hombre a sí mismo. Es que, según la experiencia de Vico, el hombre se encontraba aletargado y fue el encuentro con lo divino lo que lo despertó. Por otra parte, aquello que en un primer momento se toma por sabiduría y que se obtiene mediante la consideración de aquello que fue asumido como divino, es tomado en tanto algo que el hombre adquiere de lo que trasciende su propia existencia, como algo que no puede ser cambiado por el hombre y que, por tanto, es tomado tal y como se obtiene de lo divino⁵.

“[...] las naciones se dispusieron a recibir la teología revelada en virtud de una fe sobrenatural, superior no sólo a los sentidos, sino a la razón humana.”⁶

Por tal razón la historia universal no puede ser entendida sin la consideración del hombre por lo divino, punto de partida de la misma sabiduría humana. El mundo humano fue posibilitado por la sabiduría poética, que en tanto “ciencia de la divinidad”, debe ser considerada como tres clases de teología: la poética, la natural y la cristiana; y es de estas tres de donde “se verán surgir los principios de la historia de la naturaleza humana, y que éstos son los principios de la historia universal”⁷.

LA GENERACIÓN HUMANA Y LA LÓGICA POÉTICA

Para hablar de la relación entre la “generación humana” y la “lógica poética” hay que tomar en cuenta que según Vico lo divino también era propenso a ser comprendido o incitaba a su develamiento por el hombre desde sus orígenes, por ello el descubrimiento de lo divino se da desde las primeras gentes de la generación humana. En efecto, ellos “atribuían a las cosas admiradas el carácter de seres dotados de la sustancia de su propia idea”⁸. Lo divino en tanto incomprensible o inaccesible aún al hombre era —en esa infancia de la humanidad— representado con aquellos elementos que el hombre tenía a la mano. Como lo más cercano al hombre era él mismo, partió de sí mismo para representarse a la primitiva divinidad. Mas no se quedó ahí, sino que, al mismo tiempo, comenzó a crear posibilidades para reducirla a sí mismo y, por tanto, poder superarla en tanto divinidad, es decir, en tanto algo incomprensible e inaccesible.

Por tal razón toda divinidad queda caracterizada como lo completamente ajeno al hombre. Esto explica por qué en cuanto un hombre entra en posibilidad de conocer la divi-

nidad —entendiendo el conocimiento de lo divino como un reducir a sí—, la divinidad puede quedar superada como tal pasando a formar parte del mundo humano.

Sin embargo, en aquel primer momento el hombre no podía aún reducir a sí aquello que le hacía frente de manera tan apabullante; solamente lo nombraba haciendo uso de elementos que tenía a la mano y que le permitían nombrar lo divino, mas no explicarlo. Por ello, también se daba la necesidad de la contemplación, pues, ante la imposibilidad de dar cuenta de lo divino con elementos propios del hombre, éste debió dedicarse a observar aquello caracterizado o identificado con lo divino para, así, dar cuenta de ello con los elementos que lo divino mismo permite vislumbrar.

“[...] comenzaron por las ideas divinas con la contemplación del cielo hecha con los ojos del cuerpo [...] de donde debieron a los griegos los primeros $\nu\epsilon\omega\rho\acute{\eta}\mu\alpha\tau\alpha$ y $\mu\alpha\upsilon\acute{\eta}\mu\alpha\tau\alpha$, “cosas divinas o sublimes de contemplarse”, que desembocarían en las cosas abstractas, metafísicas o matemáticas.”⁹

Por esto mismo el hombre ante lo divino, que permanecía y que escapaba a su comprensión, debía volverse sumiso o elegir el camino contrario a aquello que permanecía: el de perecer. De ahí que las primeras formas aceptadas para regirse en el mundo fueron aquellas que venían de los elementos considerados divinos.

El lenguaje es otro aspecto en el que se puede apreciar claramente el papel que juega la divinidad frente al hombre. El lenguaje es un dar espacio a aquello de lo que se habla, un hacer constar que no necesariamente implica un conocer en los términos de reducir a sí; es más bien un reconocer. Esto queda bastante claro cuando encontramos que mediante el lenguaje poético, se daba cuenta de los elementos divinos que, sin embargo, eran inaccesibles para la burda razón humana, o incluso podríamos hablar de una ausencia de razón —si nos pegamos un poco a la concepción iluminista de razón—¹⁰, donde sin embargo sí podemos hablar de un hombre que diferencia el yo del no-yo, entrando dentro del no-yo más radical la misma divinidad.

“[...] ‘el hombre ignorante se hace a sí mismo regla del universo’ [...] a partir de sí mismo se ha formado un universo completo [...] el hombre al entender despliega su mente y comprende las cosas, pero cuando no las entiende hace a partir de sí las cosas y, transformándose en ellas, lo convierte.”¹¹

Para el conocimiento es también necesario el lenguaje, pues permite formar una unidad de la disolución yo, no-yo, lo hace creando una unidad en la que quedan conformados ambos componentes; al mismo tiempo que quedan conjuntados pasan a formar parte del mundo de construcciones humanas.

Con lo divino no sucede lo mismo, por el contrario es necesario que, al referimos a ello, nos estemos refiriendo a algo totalmente oscuro, por esto, al designar a la divinidad mediante el lenguaje, lo que se hace es solo un reconocimiento, mientras que, al referirse a cosas concretas, se las conoce.

En consideración a lo anterior podemos decir que el lenguaje asume dos papeles. Primero, permite la proyección de las capacidades humanas permitiendo que estas se amplíen. Segundo, hace posible el reconocimiento de aquello que no es posible conocer y que, sin

embargo, tampoco es posible ignorar. Por ello, el hombre no se autodetermina por completo, sino que siempre encuentra a la divinidad que lo interpela. Es que toda vez que esta última es completamente incomprensible, cuestiona siempre al hombre en su contingencia, lo hace desde su estatus de prevaleciente, como si guardara un altísimo secreto ante el cual el hombre debe resignarse a observar.

Es por lo anterior por lo que Vico puede decir que los orígenes de las letras deben ser considerados “como los principios de todo el saber humano y divino del mundo gentil”¹². Pues sólo mediante el lenguaje es posible que el hombre tenga en cuenta a lo divino, y, como ya se dijo antes, sin lo divino no hay sabiduría.

LA CONTINGENCIA EN LO DIVINO

La divinidad se comprende como algo que interpela al hombre en su contingencia, aspecto que, sin embargo, siempre es determinado por la naturaleza humana que le viene de la misma creación. El hombre en su contingencia se encuentra frente a un mundo que prevalece frente a su finitud, que siempre se muestra como irreductible. En efecto, por más que el hombre pretenda conocer aquello que se encuentra como incommensurable, lo único que hará, al tratar de conocer el mundo, será lograr reducirlo a su misma finitud, quedando siempre algo más de lo que el hombre es capaz de conocer: eso es lo divino.

LA PRIMITIVA CONSIDERACIÓN POR LO DIVINO

El hombre puede tener consideración por algo en la medida de sus posibilidades, que se dan de manera histórica, siendo el primer objeto de consideración lo divino. Así el hombre, antes que nada, se caracteriza por su ineludible finitud. Pues el solo hecho de dar importancia a algo ya está determinado por su misma historia y naturaleza.

La consideración que dio lugar a los primeros dioses humanos no fue la excepción, también fue marcada por las posibilidades del hombre en dicho momento histórico, que, no está de más decirlo, fue el primer momento histórico.

“[...] los americanos hacen dioses de cada cosa que supera su pequeña capacidad.”¹³

Una vez que la humanidad quedó escindida entre hebreos y gentiles por causa del abandono de Dios por el hombre, este último perdió todo punto de referencia posible. Lo único que quedó de sí fue su misma naturaleza, y eso fue lo único que le permitió darse cuenta de que era interpelado por aquello que permanece frente a su finitud.

Siendo así la primera forma en que el hombre tomó en cuenta lo divino fue como algo que se enfrentaba a él en todos los aspectos posibles, pues ¿cómo podía ser que el hombre comprendiera siquiera algo que nunca cambiaba, algo que parecía ser eterno? El primer encuentro con lo divino fue más bien una impresión de aquello que era oscuro y que, sin embargo, hacía presencia constante frente al hombre.

De esta consideración por lo divino desembocan multiplicidad de aspectos que permitieron el desarrollo de la “generación humana”. Uno de esos aspectos fue el del lenguaje que permite una consideración plenamente humana por lo otro y que, sin embargo, da espacio para no reducirlo a los límites del género humano, claro ejemplo de cómo esto sucedía se da cuando Vico nos dice lo siguiente:

“Con este primer nacimiento de los caracteres y de las lenguas nació el derecho, llamado ‘*iouis*’ por los latinos [...] Pues universalmente el cielo fue observado por todas las naciones gentiles bajo el aspecto de Júpiter, recibiendo de él las leyes, los avisos divinos o mandatos, que creían que eran los auspicios; lo cual demuestra que en todas las naciones nació la persuasión de la providencia divina”.¹⁴

La comprensión y la moral humanas en el mundo siempre se dieron como una relación directa con aquello que era considerado como divino, que era aquello que apelaba al hombre en su contingencia en relación también con la comprensión que éste tuviera de sí y el mundo.

LA DIVINIDAD COMO ALTERIDAD

El estudio de la historia humana al que Vico se dedica, parte del pretendido abandono de lo divino por parte del hombre. Es a partir de dicho abandono de todo proyecto posible por lo que Vico habla del reencuentro del hombre con aquello que posibilita hablar de un proyecto humano: lo divino. En efecto, la vida propiamente humana y todos los aspectos que ella conlleva –según Vico, la política, la moral, la sabiduría, la misma vida vivida– pueden darse sólo en la medida en que haya algo que trascienda la vida humana, que pueda estar más allá de las consideraciones de cualquier individuo, pues, si se fundara en este último, toda historia, sólo nacería y moriría con él¹⁵.

De esta suerte, bien puede decirse que a pesar de haberse decidido por la soledad (separación de lo divino), el hombre no logra soportarla; para lograrlo tendría que poder enunciar lo que lo define y caracteriza desde su mismo origen, lo cual no es posible sin conocer lo divino. Así las cosas, el hombre no permanece estático y no se comprende si no toma en cuenta su ser en devenir, hay algo en él que le jala en ocasiones contra su voluntad y le permite traspasar el límite que lo condenaría a la eternidad de lo idéntico e incluso a su propia destrucción.

El hombre, al encontrarse solo, ve que el enorme mundo, en tanto reconocido como no humano, escapará siempre a la comprensión propia, por lo cual no queda otra opción más que ser piadoso y respetar aquello que, frente al hombre, rompe todo parámetro de existencia que el hombre es capaz de comprender. Sin la piedad el hombre no será capaz de vivir en tanto ser que deviene ante un mundo desconocido. La piedad resulta ser una especie de cura para el hombre, pues lo ayuda a restaurar la unión rota por la vanidad, asimismo lo ayuda a construir un camino.

De esta forma, a pesar de que por decisión el ser humano pretenda dejar de lado lo divino, no podrá más que auto-engañarse. La divinidad está siempre presente por el hecho de que hace frente al hombre como lo otro. El mundo humano que es aquel que el hombre puede llegar a construir y del que el hombre puede dar razones, es siempre un mundo domado que deja de formar parte del inconmensurable caos para pasar a formar parte de la finitud humana. Aquello que siempre queda del lado de lo inconmensurable es lo que es llamado divino y a lo que el hombre respeta en razón de su incapacidad de reducirlo. La divinidad será antes que nada lo que se presenta como inaccesible para las capacidades humanas y que, por tanto, debe ser respetado.

EL CONOCIMIENTO DE SÍ Y EL MUNDO

El hecho de que el hombre siempre exista mirando hacia lo divino no significa que todas las acciones humanas sigan ya un plan definido y que, por tanto, podamos saber con seguridad el porvenir. Los acontecimientos no se dan por mera inercia, como si al hombre le deparará un futuro ya definido, sino que son posibles en la medida en que el hombre tenga conciencia de sí, aspecto que permite al hombre diferenciar lo posible de lo imposible. En

tanto el hombre tenga cierta conciencia de lo que hace, podrá tener control de su situación concreta, control que siempre será relativo a la naturaleza humana, pues no podrá ser violada por mucho que el hombre tenga el anhelo de ignorarla.

Así, el conocimiento del mundo todo se da atendiendo a las posibilidades del hombre mismo que, sin embargo, no son accesibles *a priori*, sino que en tanto el hombre es en parte naturaleza en lo más profundo de sí y también en parte historia o resultado de un recorrido que él mismo ha construido, sus posibilidades se encuentran en desarrollo o construcción constante. El hombre se encuentra con aspectos nuevos de su ser todo el tiempo.

Este aspecto es importante, pues en la medida en que el hombre tenga conciencia de sí o del yo al que se ha llegado históricamente, éste podrá reconocer las posibilidades que su misma naturaleza y en general su ser le permiten, y desplegarlas abarcando un mundo que será visto como humano.

La conciencia de sí también debe comprenderse como algo cambiante, pues en la medida en que el hombre participe de lo divino, también irá desarrollando una historia que se puede identificar como el cambio constante de todas las cosas y, si para el hombre algo cambia, eso es la conciencia de sí, que siempre en relación directa con la divinidad que posee el Ser con mayúsculas, tendrá la posibilidad de tomar conciencia de su estado ante el estado supremo de cosas que no es otro que el estado divino. Ésta consideración de lo divino como estado supremo se encuentra claramente en los primeros momentos de la humanidad en que todo lo justo venía de la observación del cielo.

La conciencia que el hombre tiene de sí se desarrolla primero atendiendo a las posibilidades que el hombre ya maneja, por ello la conciencia de sí siempre será un explorar que va más allá de lo ya conocido y que, por tanto, no sólo cambia las posibilidades humanas sino que las amplía. Este aspecto tiene incidencia directa en el mundo humano entendido como mundo conocido por el hombre, pues en la medida en la que el hombre aumente sus posibilidades, éstas le darán la oportunidad de llegar más allá en la comprensión del mundo. Esto, por supuesto, siempre dentro de la finitud, aspecto característico del hombre.

A raíz de lo anterior nos encontramos con que el mundo del hombre mismo cambia constantemente, pues, para empezar, el ser mismo del hombre no puede entenderse desde esta perspectiva como algo estático sino en continuo movimiento. Así, aquello que ha sido comprendido por el hombre de una manera, con el tiempo será entendido de otra forma en relación a las posibilidades históricas que el hombre tenga de comprenderse a sí ym por tanto, al mundo mismo.

EL HOMBRE FRENTE A LA ALTERIDAD

LA ALTERIDAD EN EL HOMBRE

El hombre en todo momento queda determinado por el devenir, que le hace frente como una verdad que lo determina incluso en su existencia fáctica, o para decirlo de otro modo, lo determina desde lo más hondo de su ser. Vico es tajante al señalar este aspecto, al hablar del ánimo y alma, pues el ánimo se identifica con los componentes vitales y lo afirma como ministro del conato; el alma, por su parte, es la ministra del movimiento; ambos, alma y cuerpo son ubicados por Vico en las venas y sangre y en la sustancia nerviosa, respectivamente. Esta es una pista importante, pues conato y movimiento nos refieren a dos aspectos del devenir y son componentes que se encuentran determinando no sólo la situación empírica del hombre al hacerle frente, sino que lo determinan desde dentro e incluso marcan las condiciones de su existencia fáctica.

El hombre se encuentra con que él mismo es una unidad, un todo viviente que no es sólo conciencia y que desde lo más hondo de sí es finito y ha de cambiar y morir. De esta forma, el hombre se encuentra con que en él mismo hay algo incomprensible pero que, a la vez, lo hace humano o lo caracteriza, es lo otro (lo divino) dentro del mismo hombre¹⁶.

La alteridad no se entiende como algo que se encuentra ajeno al hombre, sino que es parte misma de la existencia humana¹⁷.

LA ALTERIDAD COMO DIVINIDAD

Recurriendo a lo divino como referencia, el hombre pudo articular un mundo que cobrara sentido siempre tomando en cuenta lo divino; pues, a fin de cuentas, el mundo siempre será visto por el hombre.

El mundo como algo íntimamente humano queda, en tanto humano, marcado por aquello mismo que marca el alcance del hombre. Por tanto, este no se presenta ni entiende como algo eterno e inmutable sino que, por el contrario, deviene en otro constantemente a tal grado que bien se puede afirmar que hay algo propiamente característico del hombre. Me refiero precisamente al devenir.

Aquello único que es el mundo es algo que parecería inapresable, pues siempre se le va al hombre de las manos. Las primeras divinidades que el hombre llegó a considerar fueron miradas de manera irreflexiva y más bien de manera sensible, al darse esto se razonaba como divino aquello que en un primer momento parecía incomprensible y eterno ante las limitadas facultades humanas. Una vez que el hombre desarrolla su capacidad y ésta se volvía más abarcante el hombre encontraba que ya había posibilidad de comprender aspectos antes apreciados como divinos, y llegó incluso a conocerlos. En un primer momento, esto se dio como un respeto total a las leyes inmutables de la divinidad contingente, sin embargo, con el tiempo, esas divinidades comenzaron a ser reducidas a lo propiamente humano.

Si hubo elementos que llegaron a ser considerados como divinidades y que finalmente fueron superados por el hombre, esto fue porque el hombre siempre es determinado por aquello que le es inaccesible, lo que lo confronta y lo desafía, pues siempre le indica que hay otro modo de ser que el que el hombre pueda comprender.

Lo que siempre entró en juego fue la alteridad, cuando las capacidades del hombre fueron tales como para poder mencionar y encontrar familiar todo lo que le aparecía ante los ojos y, sin embargo, el hombre seguía siendo finito, entonces se hace evidente que aquello que el hombre había considerado como divino en tanto prevaleciente, no se hallaba en ningún elemento concreto, sino que los determinaba a todos, pero no se encontraba en ninguno de ellos. Ahora el hombre se encontró con la alteridad ya no frente a sus ojos, sino frente a su propia existencia toda entera. El no-ser como fundamento último del mundo se revela ante el hombre y lo determina desde sí.

Las divinidades contingentes habían sido consideradas como tales en la medida en que habían representado cierta forma de alteridad al hombre, todas ellas comparten ese rasgo en común. Tras el despliegue del hombre hacia todas las divinidades, quedó de manifiesto aquel componente que seguía siendo inapresable, incluso dentro del hombre mismo: la alteridad.

CONCLUSIONES

EL SER DEL HOMBRE COMO SER CON LA ALTERIDAD

A lo largo de la historia humana se puede ubicar un aspecto que ha determinado el actuar, el vivir y el mismo origen de la historia; ese aspecto es la alteridad.

El hombre, y todo lo que en su vida y su historia podemos encontrar, se halla de una forma determinada en la vida humana, el mundo no es encontrado bello o desagradable o aterrador de forma ya dada, sino que todo ello responde a las condiciones de existencia del hombre mismo, condiciones que se desarrollan de forma histórica. Así, en un primer momento el hombre sólo pudo hacer uso de su capacidad de impresionarse para poder salir del letargo que lo mantenía aislado.

Hay elementos que siempre han ocasionado que la vida del hombre tenga ciertos componentes inevitables y que, por tanto siempre le han salido al paso, son componentes como la muerte, la consideración por lo desconocido que se muestra como no yo, ajeno a lo identificado. Esos elementos han sido también considerados por el hombre hasta el punto de que Vico puede afirmar que el hombre mismo y su existencia son determinados desde sí por componentes inconmensurables como el alma humana.

El papel de estos elementos no es el de escarmientos que se hallan frente al hombre y lo impresionan, y por ello ya tienen un rol permanente en la vida humana, sino que, por el contrario, son parte del mismo hombre y, por tanto, todos los elementos que se relacionan con la alteridad la muestran como un componente ontológico que funda la existencia humana y su mundo.

El hombre sostenido por Vico difiere en gran medida del sujeto moderno, pues si bien es importante el papel de la conciencia, ésta no lo determina, solo le da la posibilidad de tomar en consideración aspectos que ya han determinado al hombre desde mucho antes de que éste logrará darse cuenta de ello. La conciencia juega un papel importante por que le permite actuar en consecuencia. Sin embargo, el hombre es también algo de lo cual él no puede dar cuenta. Aspecto que también lo hace humano, eso es la alteridad como parte del hombre mismo.

En consideración de lo anterior encontramos que la conciencia, que en parte se ocupa del hombre mismo, también siempre será en función de la alteridad, pues a fin de cuentas ésta encontrará que la única forma en que puede llegar a considerarse a sí y al mundo mismo será tomando en cuenta a la alteridad, que es la forma en que el mundo se presenta frente al hombre. De esta forma, se encuentra con que su propia existencia se puede comprender sólo tomando en cuenta al devenir.

LA PROPUESTA DEL CRISTIANISMO

La propuesta de Vico es lo que podría llamarse una propuesta abierta que busca dar cuenta del mundo y de la vida misma, pero que tampoco se limita a dar una mera interpretación del mundo, sino que resalta las posibilidades del hombre frente a sus condiciones de existencia.

Vico es un pensador cristiano que renuncia a la concepción de la escolástica que comprende a lo divino como algo ya realizado plenamente y, por tanto, que solo se encarga de determinarnos. En Vico la concepción de lo divino da un giro radical, pues para Vico la alteridad es lo divino y por ello se realiza deviniendo o en su no-ser. Así, Vico nos muestra cómo la vida humana queda inevitablemente relacionada con Dios, por ello el hombre tiene la opción de, tomando en cuenta lo divino, contemplar sus posibilidades y poder retomar un plan de humanidad.

La realización plena de la existencia humana es la consideración de la alteridad (historia, tradición, Dios) como fundamento de todas las cosas y la elaboración de un proyecto de existencia que no puede darse sin tomar en cuenta lo divino.

El simple hecho de tomar en cuenta a lo divino ya conlleva un proyecto, pues el hombre así estará tomando conciencia de sus posibilidades y, por tanto, de lo que puede esperar.

La propuesta viquiana del cristianismo es la aceptación de un proyecto que contempla la vida y la muerte de todas las cosas, por ello un cristiano podría morir por su causa, pues al hacerlo sabe que, si bien no está permaneciendo en su existencia fáctica, sí está dando su vida por lo que vendrá, que será un futuro estado de cosas contemplado por la conciencia que descubre la posibilidad de la construcción humana a través de la historia.

EL MUNDO CRISTIANO

Cuando hablamos de un mundo cristiano siempre hablaremos de un mundo humano que se da gracias a la consideración de Dios por el hombre, en éste el hombre ya ha dejado de verse arrastrado por el inevitable paso del devenir, ahora el hombre vive en el constante devenir.

El mismo influjo de la autoconciencia del hombre que alguna vez lo llevó a salir de sus primitivos refugios llevándolo a encontrarse con otros hombres, también le posibilitará la consideración por los aspectos humanos y todo lo que ello conlleva, siendo posible, gracias a esto, la fundación de una organización social basada en la consideración por la alteridad.

Todas las instituciones humanas y consideraciones por el mundo no llegarían nunca a un estado perfecto de cosas o una suerte de absoluto, sino que, por el contrario, ese estado de perfección lo encontrarían en el hecho de que son deviniendo. La diferencia sería que ahora el hombre encontraría la armonía en la aceptación de la alteridad —aspecto que conlleva o permite una actuación en consecuencia— como aspecto que determina todas las cosas.

NOTAS

1. Si bien el tema de la alteridad es mucho más reciente que la obra de Vico, aquí se comprende en su más simple sentido; es decir 'el otro', 'lo distinto'. A lo largo de la exposición se aclarará el sentido particular de "alteridad".
2. GIAMBATTISTA VICO, *Ciencia Nueva*, Tecnos, Madrid, 1995, p. 51.
3. *Ibid.*, pp. 52 y 53.
4. *Ibid.*, p. 174.
5. En un primer momento, la sabiduría aparece como el producto que surge una vez que el hombre descubre la existencia de un orden, de un poder, que no puede ser vulnerado por él. Poder y orden considerado por el hombre como divino.
6. VICO, *op. cit.*, p. 176.
7. *Ibid.*, p. 177.
8. *Ibid.*, p. 182.
9. *Ibid.*, p. 190.
10. Que concibe la razón como la posibilidad de reducir el mundo a conceptos bien delimitados de los cuales depende el conocimiento.
11. VICO, *op. cit.*, p. 198.
12. *Ibid.*, p. 210.
13. *Ibid.*, p. 216.
14. *Ibid.*, p. 236.
15. La humanidad misma se construye sobre componentes trascendentes al hombre concreto, como la tradición y la colectividad, que permiten al hombre construir su mundo de vida reclamando al mismo tiempo la herencia histórica que su tradición le ha dejado.
16. A pesar de que el hombre no es sólo razón y no logra descifrarse a sí mismo por completo, gracias a ese aspecto hecho conciente el hombre puede retomar su humanidad para así poder proponer un plan de humanidad en la medida que sus posibilidades se lo permitan.
17. De esta suerte la alteridad en el transcurrir de la historia humana alcanza otros ámbitos; a saber la tradición, la colectividad y al hombre mismo en su existencia.

* * *